

Augusto Ferrero

Presencia de Garibaldi en el Perú

Sin lugar a dudas, la presencia del héroe legendario Giuseppe Garibaldi en el Perú, en el siglo pasado, constituye una curiosidad histórica singular. Pocas estancias de un extranjero en nuestra patria pueden llamar tanto la atención como la del insigne patriota italiano, cuyos pasos en nuestra tierra quedaron registrados en la casa de la familia Malagrida, en la esquina de Palacio y Polvos Azules, en Lima, y en la que fue la quinta Schiantarelli, en el Callao, en la cual había una placa conmemorativa.

Llegó procedente de Nueva York el 5 de octubre de 1851, luego de caer enfermo en Panamá y de realizar algunos viajes por América Central. Preocupado por los problemas que podría traerle su propia identidad con la autoridad policial, viajaba con el nombre sugestivo de Giuseppe Pane, recordando así tiempos aventureros y dramáticos. *El Comercio* celebró su llegada con el siguiente comentario: "Saludamos con placer al ilustre guerrero sostenedor de la independencia de la República del Uruguay y de la unidad e independencia de Italia por su feliz arribo a esta capital". Estaba

acompañado de su fraternal amigo Francesco Carpaneto, quien estaba interesado en la llegada de su fragata "San Giorgio", que entre otras cosas traía la estatua monumental de Mariano Necochea para el cementerio Presbítero Maestro.

Antes de desembarcar en Lima se detuvo un día en Paita, siendo hospedado en casa de una generosa señora del lugar que desde hacía años se encontraba en cama por haber sufrido un ataque de apoplejía, según nos narra él en sus *Memorias*, agregando que pasó un día delicioso en su grata compañía. La señora no era otra que Manuelita Sáenz, la quiteña tan ligada a Bolívar, a quien le había salvado la vida en Bogotá en 1828. Vivía en el puerto peruano al haber sido desterrada por Santander, presidente de Colombia. La gran dama que, seducida por la gloria se había rendido a la galantería del Libertador, como anota Tauro del Pino, moriría en dicho puerto, víctima de una peste en 1856. Su cabaña fue incinerada por la policía sanitaria con los preciosos papeles del General y, entre ellos, sus cartas íntimas. Garibaldi la calificó como la más graciosa y gentil dama que jamás había visto, relatando que conocía los más mínimos detalles de la vida de Bolívar. Seguramente, a pesar de estar ella inválida, postrada y con cincuentaicinco años a cuestas, conservaba aquellos ojos color de diablo que impresionaron a José de San Martín. Se despidieron con los ojos húmedos, declarando Garibaldi haber quedado verdaderamente conmovido. Gabriel García Márquez anota en *El General en su laberinto* que fueron tres visitas memorables las que la consolaron de su abandono: la del maestro de Bolívar, Simón Rodríguez, quien murió cerca del mismo lugar en San Nicolás de Amotape, en 1854; la de Garibaldi, y la del novelista Herman Melville, en 1844, cuando andaba por las aguas del mundo documentándose para su inmortal novela *Moby Dick*. Fue en este viaje que el literato describió a Lima como la más extraña y triste ciudad que se

pueda ver, de acuerdo con la cita que transcribe Sebastián Salazar Bondy en *Lima la horrible* y Estuardo Núñez en *Viajeros extranjeros por el Perú*.

El visitante quedó muy impresionado por nuestra costa, la cual encontró parecida a las arenas de África, pues las partes verdes parecen oasis. Expresó que esperó encontrar más vegetación, imaginándose más bello el país en las faldas de las altas cordilleras. Se había encontrado con el país de las colinas de arena, como reza el título del libro de Fernando de Trazegnies. Sin duda, el continente le ofrecía el atractivo de ser el de su desaparecida esposa Anita.

Uno de los inmigrantes ausonios, Pedro Denegri, referido por los italianos como Pietro de Negri di Nizza, le ofreció el comando de "Carmen", un barco de madera comprado en California, de tres mástiles con velas cuadradas, de cuatrocientas toneladas, para ir a China. El peso de la nave indicado es el que consigna Garibaldi en sus *Memorias*, registrando trescientas cuarentaiséis toneladas la Capitanía del Callao y trescientas cuarentaitrés la de Hong Kong. Hemos leído en algunas biografías la cifra de setecientas, la cual incluye indudablemente la carga. Intermedió en esta relación Emanuele Solari, natural de Chiavari y primo de Mazzini, con quien se carteaba. En un árbol genealógico proporcionado por sus descendientes, los Checa Solari, aparece que mientras su ascendiente es Maria Camilla Mazzini, el hermano de ésta, Giacomo, es el padre de Giuseppe. Garibaldi declaró en Hong Kong que la nave era de propiedad de socios en América del Sur. Esa declaración ha llevado al profesor australiano Phillip Keneth Cowie a la conclusión de que el socio era Solari. En efecto, en el Archivo del Estado de Turín consta que éste murió testado, casándose pocos días antes de su muerte con la mujer que le había dado tres años antes un hijo, su heredero, a quien le tocaba una importante cantidad entregada a la Casa

de Comercio de Pedro Denegri. Solari había llegado a Lima en 1840, y a propósito de su viaje, Mazzini escribió a su madre que se había enterado que su primo estaba por partir para Lima por no tener nada que hacer en Génova, lo cual lo sorprendía muchísimo pues “además de su ingenio, que no le falta, tiene la actividad y el *savoir faire* en grado extremo.”

En sus *Memorias*, Garibaldi cuenta cómo fue a las islas de Chincha a cargar guano. Ello ocurrió en el mes de noviembre, visitando, además de esta ciudad, Pisco, Ica y Palpa, siendo entusiastamente recibido por los inmigrantes ligures asentados en dichos lugares. En el último de ellos se fue a la caza de chanchos salvajes. Regresó al Callao para las últimas disposiciones del largo viaje, zarpando el 10 de enero de 1852.

Cowie señala que pueden haber habido dos razones para la demora de la partida de Garibaldi. En primer lugar, la patente de piloto que obtuvo era por tres meses renovables, debiendo demostrar que había cumplido el período de servicio trimestral en aguas peruanas por lo menos una vez para partir con el diploma renovado. Y en segundo lugar, la nave “Carmen” había llegado a Lima por primera vez en setiembre de 1851, debiendo estar su propietario abocado en los trámites de regularización de la inscripción del barco, un tanto más difíciles de finalizar tratándose de un extranjero.

Dos meses después, durante la travesía, tuvo un sueño profético en un caso increíble de telepatía: se encontraba en Niza de luto frente a un funeral que venía a su encuentro. Precisamente, ese mismo día moría su madre “mamma Rosa” en dicho lugar. Después de pasar por las islas Sandwich, entró en el mar de China, entre Luzón y Formosa, en las Filipinas. Declara que llegado a Cantón fue enviado a Amoy al no poder venderse el guano. Después fue a Manila con otra carga y regresó. En Cantón fue menester refaccionar el

barco, cambiando los mástiles y el cobre de la quilla, enrumbando después hacia Lima.

Mino Milani informa que el barco trajo culíes, “oficialmente inmigrantes chinos; en realidad, pobre gente enrolada con engaño y destinada al Perú, Cuba y las Antillas en virtuales condiciones de esclavitud”. Expresa que Denegri dijo que Garibaldi trajo todos “los chinos embarcados gordos y con buena salud, pues los trataba como hombres y no como bestias, ejemplo único de humanidad en estos viajes casi siempre crueles”. Explica que “es debido a este viaje que, por lo menos en la tradición popular del Callao, Garibaldi era a veces recordado como esclavista”. Trazegnies comenta que no se conoce el cargamento que trajo de China, pero que muy bien pudo haber sido de culíes. Al comenzar su libro, destaca que entre 1848 y 1874 fueron importados cerca de cien mil chinos al Perú para que trabajaran, entre otras actividades, en las islas guaneras. Y el poema de Juan de Arona, que cita en la introducción, comienza con estos dos versos: “No hay donde al chino no le halles,/ Desde el ensaque del guano...”. Ello hace suponer que Garibaldi se encontró con algunos de ellos en las islas de Chíncha, donde fue a abastecerse de carga antes de partir a China. En sus *Memorias* dice solamente que, lista la carga (también puede traducirse como el “encargo”), dejaron Canton hacia Lima. *El Heraldo Masónico* relata que trajo mercadería china y ciudadanos chinos para que trabajasen en nuestras islas guaneras, sin considerar dicha afirmación una ofensa. En una excelente visión histórica titulada *Los italianos en la sociedad peruana*, Giovanni Bonfiglio, sin referirse a la posibilidad de que Garibaldi haya traído chinos, anota que es posible que el viaje inaugural de “Carmen” tuviera por objeto abrir la ruta hacia el Oriente, pues eran los años en que empezaba a darse el transporte de colonos chinos al Perú, posibilitado por la Ley de Inmigración de 1849. También informa que “Carmen” fue

hundida en 1858 durante la travesía de regreso al Perú desde China, como consecuencia de un motín a bordo producido por los chinos que eran transportados en esa oportunidad. Quien ha hecho cuestión de estado sobre este asunto ha sido Cowie. Enfáticamente, niega toda posibilidad de internamiento de culíes por Garibaldi. Reconociendo que inclusive en vida de él corría el rumor, se lamenta de que no lo haya desmentido en sus *Memorias*. Cita la biografía del aventurero escrita en 1881 por el inglés Bent, quien narró que al momento de firmar el contrato con Denegri, Garibaldi tachó la cláusula que obligaba traer chinos en caso de que la carga no fuera suficiente, exclamando gallardamente que nunca se convertiría en traficante de carne humana. Las dos pruebas más importantes que presenta Cowie para negar la importación de chinos por Garibaldi son, en primer lugar, la lista de las naves que llegaron a puertos peruanos entre 1859 y 1853 con la relación de inmigrantes a bordo, no sólo de China sino también de Irlanda y Alemania; y en segundo lugar, la lista de los efectos traídos por "Carmen" desde Cantón, publicada en *El Comercio* el 25 de enero de 1853. Son todos especies, cera, concha de perla, muebles, cigarros, seda y otros objetos orientales. Sin lugar a dudas, se trata de pruebas valiosísimas y de gran importancia. El *Grand dictionnaire universel du XIX siècle* publicado en París en 1872, transcribe el testimonio de un viajero francés, que cuenta acerca de un desayuno tenido en la fonda italiana en la calle Mercaderes de Lima con un lugarteniente de Garibaldi, quien le contó las peripecias del viaje de regreso de Cantón. El escribiente decía que prefería recordar las aventuras de esta travesía peligrosa en lugar de "todas las batallas imaginarias que los biógrafos mal informados hacen ganar a Garibaldi por cuenta del Perú". Sin duda, se refería a aquellas "hazañas que Garibaldi jamás soñó y de cuya gloria no necesita", atribuidas por el *Diccionario de con-*

temporáneos, por Ricciardi en sus *Perfiles* y por Anatole de La Forge en *El siglo*. En efecto, éstos afirmaron que Garibaldi fue comandante del ejército peruano, que ganó victorias bajo su mando y que retornó a Italia sólo después de haber asegurado la paz del Perú.

“Carmen” viajó por el mar de la India hacia Australia hasta parar en una de las islas Hunter a recoger agua. La soledad de este paraje transportó a Garibaldi mentalmente más de una vez en el futuro, siendo probablemente su recuerdo el que lo incitó a vivir más tarde en la isla de Caprera. De allí se dirigió a Nueva Zelandia, camino a la costa occidental de América, llegando a Lima después de una travesía de cien días, el 24 de enero de 1853. Desembarcada la carga (o el encargo), estuvo en Lima hasta el 1 de marzo de dicho año, fecha en que se dirigió a Valparaíso, donde “Carmen” fue alquilada para un viaje a Boston con algodón. Regresó al Perú, al puerto de Islay, para cargar lana encima del algodón, y después de una travesía tempestuosa por el Cabo de Hornos llegó a su destino. Allí fue llamado de emergencia a Nueva York, donde fue relevado del comando de la nave, con algunas llamadas de atención de su propietario que él juzgó no merecer. Mino Milani señala que no se sabe lo que ocurrió, siendo falso que la relación de cuentas presentada por Garibaldi tuviera un faltante. Al respecto, Pippo Ravenna anota que el empresario encontró que en la travesía del Callao a Nueva York Garibaldi había gastado demasiado, quizás “algunos centenares de pesos más”. No obstante, cabe resaltar que ello no perjudicó las buenas relaciones entre él y Denegri, que fue un influyente soporte en Lima de la causa garibaldina.

En la *Historia marítima del Perú*, Félix Denegri Luna narra cómo la crisis naviera mediterránea originada por la invención del vapor, obligó a su abuelo —Amerigo Aurelio—, al

igual que a los fundadores de otras familias peruanas del mismo origen, a emigrar a nuestras costas para seguir desarrollando sus ancestrales quehaceres náuticos. Es interesante mencionar que el 27 de julio de 1848, gracias a Castilla, había llegado al Callao el "Rímac", primer barco a vapor en manos sudamericanas que venía a servir a nuestra marina de guerra.

Bonfiglio señala como detalle anecdótico de la presencia de Garibaldi en el Perú el hecho que adquiriera la ciudadanía peruana como condición para obtener una licencia de capitán de barco. Aparentemente, según se desprende del estudio del mencionado sociólogo, el ilustre personaje había estado buscando en Estados Unidos ese permiso para navegar, estando su venida al Perú vinculada a la posibilidad de conseguirlo. El historiador Denis Mack Smith informa que en los nueve meses que el mítico revoltoso estuvo en Estados Unidos registró la intención de obtener la ciudadanía, jactándose más de una vez de tenerla a pesar de no completar las formalidades, y que su nacionalización fue reconocida oficialmente. Igualmente, Guido Cerosa sostiene que obtuvo la ciudadanía estadounidense. Antes de zarpar del Perú hacia el Oriente, Garibaldi rindió examen de pilotaje. Lo más significativo es que el informe de la dependencia que practicó la evaluación, señala haber examinado a José Garibaldi, natural de Génova y *ciudadano del Perú*. En dicha prueba lo calificaron con "suficiente inteligencia en la náutica y en los mares de Europa y América y en número mayor de viajes que los que se requieren para aspirar a la clase de piloto de altura". Como anota Raúl Porras Barrenechea en su magnífico ensayo *Los viajeros italianos en el Perú*, el cesáreo *condottiero* adoptó así la ciudadanía peruana. Aunque nacido en Niza en 1807, cuando dicha provincia pertenecía al reino de Saboya, ocupada por Francia, se nacionalizó peruano.

El distinguido profesor Carlos Ramos Núñez ha investigado que el decreto del 16 de marzo de 1839 establecía como obligación, en su artículo 1, que los capitanes de barco fuesen peruanos de nacimiento o que hubiesen obtenido carta de ciudadanía peruana. A pesar de que, posteriormente, mediante decreto del 4 de agosto de 1840, se permitió que los extranjeros pudiesen servir de capitanes en los buques nacionales, presentándose previamente a la Comandancia General de la Marina para ser examinados y conforme a la evaluación ser inscritos en un registro de matrícula, sin el requisito de la nacionalización, subsistió esta última condición para los patrones prácticos de las embarcaciones menores, utilizadas en el comercio de cabotaje en las costas del Estado. Aquéllos no podían servir en éstas si no eran ciudadanos en ejercicio matriculados, y si no habían sido examinados en torno a su suficiente práctica y marítima por una Junta del Departamento de Marina, de acuerdo con el artículo 28 de la ley del 7 de enero de 1848. En síntesis, para ser capitán bastaba el examen y matrícula, pero para el comercio de cabotaje se necesitaba además la calidad de ciudadano peruano. Por ello, a Garibaldi se le otorgó nuestra ciudadanía, lo cual reconocen sus biógrafos extranjeros como el inglés Mack Smith y el italiano Milani.

Entonces, Garibaldi había combatido por la independencia de Rio Grande do Sul del Brasil y contra el dictador Juan Manuel Rosas de Argentina, de quien conservamos su facón o cuchillo personal para cortar, con su empuñadura de plata, sus iniciales y fecha: 1818. Además, tiene doble filo y un gancho para llevarlo al cinto. Apodado el tirano como "cortacabezas", nos preguntamos si alguna vez, o más de una, el utensilio fue usado para cercenar la vida de alguien. El conde Walewski, hijo de Napoleón y María Walewska, diplomático francés a la sazón en Argentina, se refirió a Garibaldi

como "hombre capaz de triunfar en cualquier empresa" y Bartolomé Mitre como al "hombre que ha conquistado la fama por su valor y su entrega". También había perdido en Italia a su esposa Anita Ribeiro, criolla brasileña con la que contrajo matrimonio en Montevideo, inmortalizada en una estatua ecuestre en el Gianicolo, en Roma, que sobrevuela arraigada en las patas traseras. Asimismo, había luchado en Italia contra los austríacos a favor de la unificación.

Una nota sumamente pintoresca de su estada en Lima es el testimonio de Ricardo Palma, quien escribió al respecto una de sus tradiciones peruanas titulada *Entre Garibaldi y yo*. Narra nuestro ilustre literato que siendo él corrector de pruebas en el diario *El Correo de Lima*, escribía en él un comerciante francés, Carlos Ledos, quien además frecuentaba las tertulias en el periódico, conjuntamente con Mariátegui y Laso. Aquél matizaba su oficio de agente mercantil con el de escritor público y atreviase a hacer críticas al gobierno. El 4 de diciembre de 1851 publicó un artículo titulado "Héroes de pacotilla", refiriéndose así a Giuseppe Garibaldi y mofándose del patriota Mazzini y del rey de Cerdeña Carlo Alberto. Dos días después, cuenta Palma que estaba escribiendo a las dos de la tarde en la redacción cuando apareció en el dintel de la puerta un caballero preguntando por el francés. Dice Palma que al reconocer al caudillo italiano, le indicó con precisión la dirección donde podía encontrarlo, a pocas cuadras. Llegado el ilustre extranjero injuriado al local comercial de Ledos, le propinó dos bastonazos, defendiéndose éste con una regla con la que llegó a golpear la cabeza de Garibaldi. Ambos terminaron con los rostros ensangrentados, siendo separados por diversas personas hasta que intervino la policía con el Prefecto de Lima, a caballo, para despejar a la muchedumbre. El rumor callejero llegó a oídos de Palma, quien corrió al lugar de los hechos, sintiéndose responsable de haber indica-

do la dirección solicitada. Tuvo que intervenir el cónsul de Cerdeña, José Canevaro, para evitar la prisión de Garibaldi. Debió influir mucho en el ánimo del representante consular su relación de concuñado con Pedro Denegri. Porras también comenta el incidente, declarando no haber tenido acceso a las *Memorias* del héroe, que narran con detalle el hecho. Lo ocurrido causó mucha tensión entre las colonias italiana y francesa, debiendo mediar el propio presidente Echenique para que llegaran a un entendimiento.

El artículo era muy ofensivo. Afirmaba que en época de revolución, resaltaban los hombres más vulgares y oscuros que emergían de la masa en la cual se encontraban confinados por su falta de talento y de educación. Calificaba a Garibaldi de pigmeo a quien habían querido convertir en gigante y de caricatura por su absoluta nulidad intelectual. Terminaba semejándolo a Don Quijote, pero sin su ingenio; tipificándolo como ignorante y grosero, digno de vivir en una guarida y no entre gente civilizada. *El Comercio* salvó la dignidad nacional al día siguiente, diciendo que había hecho bien el autor del artículo en identificarse, pues habría sido muy doloroso para los peruanos que se creyese dentro y fuera del país, que era esa la hospitalidad que ofrecían a los desventurados. Le dice al heroico proscrito que puede reposar tranquilo entre nosotros, pues lo protege el árbol de la libertad que tantos valientes bañaron con su sangre. En cuanto al incidente, *El Correo de Lima* tilda al héroe de asesino, mas es nuevamente *El Comercio* el que narra objetivamente lo ocurrido invocando al general Garibaldi que no se preocupe más de sus miserables detractores y que continúe su camino de gloria.

En una biografía sobre Garibaldi —que Rizzoli publicó diciendo que si en algo se parecía a una novela el mérito era sólo de su personaje—, Indro Montanelli narra el hecho, señalando que una noche en casa de un paisano le presentaron al

héroe a un francés, un tal Ledos, quien al saludarlo le dice: "Encantado de verlo nuevamente". Al preguntarle Garibaldi dónde se habían conocido, Ledos contestó: "En el asedio de Roma". Ante dicha respuesta, cargado de rencor contra los franceses, el caudillo replicó: "No recuerdo. En Roma no les he visto a ustedes más que sus traseros". Según escribió Canevaro, lo narrado ocurrió el 30 de noviembre de 1851 durante la recepción del matrimonio de Rocco Pratolongo. El mismo Garibaldi cuenta en sus *Memorias* que, cuando vivió en casa de Malagrida, llegaba algunas veces un francés que practicaba el chauvinismo, por lo cual trataba de evitarlo. Sin embargo, un día le habló de la expedición romana de los ejércitos de Bonaparte, extralimitándose en términos poco decorosos para los italianos que obligaron a Garibaldi a responder ásperamente. Esa contestación mordaz habría sido la causa del artículo y del altercado que refiere Palma. Smith apunta que Garibaldi contó después, sin orgullo, que había atacado enojado a un francés, a quien buscó para descargar una exacerbada irritación que sentía entonces contra Francia. Era imposible para Garibaldi borrar tan pronto la lucha encarnizada que tuvo que soportar dos años antes defendiendo Roma de los franceses, quienes finalmente la tomaron. En dicha ocasión, confesó que descorazonado, no tenía en ese momento más deseo que morir. Señaló que durante dos horas estuvo golpeando y luchando sin descanso y que cuando amaneció, estaba cubierto de sangre, pero sin una sola herida. "Esto era un verdadero milagro", acotó. Ese era su comportamiento en el campo de batalla. Además, al retirarse a Venecia entonces, falleció su esposa Anita, por lo que ese tiempo pesaba mucho en su vida.

Mino Milani juzga que el incidente tuvo importancia histórica, pues la participación de Canevaro como cónsul de la monarquía, dio inicio a una evolución favorable inconsciente

con relación a este sistema, que veía dignamente representado en el exterior por funcionarios celosos del nombre italiano y animados en mantenerlo alto. Ello influiría más tarde en las declaraciones hechas por Garibaldi en Génova a favor de Piamonte. Resulta interesante el testimonio de Canevaro que publica Bonfiglio. Refiriéndose al Perú, dice que “aunque su gobierno es republicano, la mayor parte y la más sana de los mandatarios y de la población odia tal sistema, por las continuas revoluciones internas que en el pasado han asolado a este país, y por el continuo despojo de la hacienda pública”. Según el archivo de Luis Lazarte Ferreyros, anotado y dirigido por Juan Miranda Costa en *Apuntes sobre cien familias establecidas en el Perú*, el mencionado cónsul sardo, José Canevaro Raggio, natural de Zoagli, distrito de Chiavari, se casó con doña Francisca Valega, hermana de Carmen, esposa de Pedro Denegri, el propietario de la nave a quien nos hemos referido, y tuvo de ese matrimonio nada menos que trece hijos. Es evidente que este parentesco espiritual influyó en la atención que puso el cónsul al problema suscitado. Varios de ellos tuvieron destacada participación en la vida política y social del país. El general César Canevaro Valega fue diputado, senador, alcalde de Lima, jefe del Estado Mayor General del Ejército, vicepresidente del Partido Constitucional que dirigió el general Andrés A. Cáceres, primer vicepresidente de éste durante su segunda administración en 1894 y primer vicepresidente de Leguía al comenzar el oncenio, en 1919; estuvo casado con doña Ignacia Rodulfo, cuya memoria se venera en la Fundación que lleva su nombre. El primogénito José Francisco Canevaro Valega, nueve años mayor, fue segundo vicepresidente de la República con Mariano Ignacio Prado (1878). Felice Napoleón Canevaro Valega, un año menor que el anterior, fue a Italia, llegando a ser almirante de la marina italiana. Incluso, participó en las milicias garibaldinas en 1860.

Rafael Canevaro Valega, cinco años menor, fue decano del Cuerpo Consular de Lima y presidente del Club Nacional.

Bonfiglio nos hace ver que resulta sintomático que Antonio Raimondi no contactara a Garibaldi a pesar de haber participado ambos en los movimientos ocurridos en Roma en 1849. El distinguido sociólogo explica la actitud en el deseo del gran naturalista de dejar su testamento político a la juventud peruana. Por lo demás, como apunta Pippo Ravenna, es curioso que apenas tres meses antes de que Garibaldi fuera a cargar guano en las islas de Chincha, Raimondi había estado allí realizando investigaciones científicas. No obstante, hemos encontrado un dato en sentido contrario en la *Historia cronológica del Perú, 1850-1878*, de Lázaro Costa Villavicencio, quien señala que el gran sabio visitó a Garibaldi y le dijo: "Quiere el destino que usted sea el libertador de Italia y el mío el de poderme consagrar a revelar la naturaleza de este maravilloso país".

El médico italiano Nino Barazzoni, quien fue cónsul de Italia en el Callao, cuenta cómo quedó estupefacto cuando operando en una casa modesta de un tal Schiantarelli, éste le dijo: "Esta es la habitación de Garibaldi". Al tomar conocimiento de que el héroe vivió en ese pobre cuarto después de la gloria de Roma y cuando su nombre era ya conocido mundialmente, miró con respeto las cuatro paredes dentro de las cuales habían transcurrido, quizás, las horas más tristes, en el período más infeliz de su vida, del hombre que escribió las páginas más heroicas del *risorgimento* italiano. Poéticamente, Pippo Ravenna ha asemejado esta humilde habitación a la de Epaminondas, que al ser vista por Alejandro Magno provocó la siguiente reflexión: "Una casa así pequeña no podría sino albergar a un hombre así grande". Interesado vivamente en el tema del ilustre visitante, Barazzoni tuvo la fortuna de conocer a uno de los pocos sobrevivientes entre los amigos

que Garibaldi tuvo en el Perú: el genovés Michele Canessa, fabricante de jabón. Conversó con él muchas veces, escribiendo su testimonio. Este contemporáneo del aventurero legendario le contó que Garibaldi vino al Perú esperando en que madurasen los eventos en su patria, escogiendo la nuestra como podría haber sido cualquier otra. Se la pasaba leyendo en el huerto. Jugaba a las bochas como en su tierra y fue a algunas corridas de toros, las cuales le gustaban mucho. Bajaba acompañado al puerto a ver las naves, a buscar marinos italianos y noticias de Italia, siendo su paseo favorito recorrer el muelle. Cuando fue a China, Canessa quedó encargado de guardar toda la correspondencia que venía de Italia. Un día le avisaron que "Carmen" se avecinaba al puerto. Contrató una barca para ir a su encuentro y al arribar a bordo, Garibaldi lo reconoce desde el puente y le grita: ¿"Me has traído las cartas?". Al contestarle que no, Garibaldi le expresó contrariado que hacía mucho tiempo que no tenía noticias de Italia, pronunciándole blasfemias por mantenerlo impaciente más de lo necesario. Esa noche, Garibaldi devoró toda la correspondencia, cenando después con el rostro iluminado de alegría. Canessa relató que Garibaldi estuvo expansivo como nunca, y de muy buen humor. Ello nos hace pensar que no es exacto lo que afirman algunos biógrafos como Milani, que de esas cartas tomó conocimiento de la muerte de su madre. Sin duda, supo de ella en el Oriente, donde debió recibir esa información.

Montanelli ha escrito que en las *Memorias* y en el epistolario de Garibaldi existe poco rastro de este período del héroe en América y el Oriente, siendo probablemente el más gris de su vida. Mack Smith narra que se sabe poquísimo del período en que el héroe estuvo con nosotros, pues escribió pocas cartas y su vida fue lo más descolorida y oscura, y que Jessie White, que lo vio seguido inmediatamente des-

pués, intuyó que fue el período más triste de su vida, tanto que raramente hablaba de él a sus amigos. Él mismo escribió "que creía que la distancia podía atenuar la amargura del alma pero que fatalmente no era cierto, habiendo arrastrado una existencia muy poco feliz, tempestuosa y ácida, estando ya preparado y honrado para servir a una causa sí santa: la emancipación de su tierra". Al regresar a Italia, con la herencia de su hermano Felice compró en 1854 la mitad de la isla Caprera, que forma parte del archipiélago de la Magdalena, en Cerdeña, frente a Porto Cervo. En 1865, unos amigos ingleses le regalarían la otra mitad. Construyó allí una casa de estilo sudamericano. Allí, se dedicaba a la pesca, criaba a sus animales y cultivaba su huerto.

Un hecho poco divulgado es la vinculación de Garibaldi con la sociedad masónica peruana. En efecto, el 20 de setiembre de 1849 los residentes del Callao acordaron fundar la logia *Unión con la Marina Peruana*, cambiando el nombre por *Concordia Universal*, con el cual quedaron inscritos en el Perú. Al ser consultado Garibaldi por el nombre más apropiado, propuso el de *Cruz Austral*, en homenaje a esa refulgente constelación de estrellas que le había servido de guía en su viaje a Asia, según informa *El Heraldo Masónico*. Todavía está por estudiarse la vinculación que pudiera haber existido a través de la masonería entre Garibaldi e ilustres pensadores y políticos peruanos pertenecientes a ella, incluyendo al descendiente de italianos que fuera más tarde nuestro gran héroe Francisco Bolognesi.

En una entrevista otorgada a la revista *Incontri*, nuestro distinguido Amauta Jorge Puccinelli Converso narró que su más lejano antepasado procedente de Italia que se estableció en el Perú fue su bisabuelo por el lado materno, Vicente Dall'Orto, quien llegó de las costas lígures en 1836 y se radicó en el Callao. Allí conoció a Garibaldi como vecino,

indicando que la amistad debió de ser estrecha, pues en su viaje al Oriente, el legendario forjador de la unidad italiana llevó un daguerrotipo de su ascendiente con el ofrecimiento de encargar a un pintor chino un retrato al óleo que conserva como preciado cimelio familiar, con un bono del mismo bisabuelo destinado a apoyar las campañas de Garibaldi.

Otra nota sumamente curiosa es que durante la presencia del héroe viviera en Lima otro distinguido visitante: Paul Gauguin. En efecto, el eximio pintor estuvo entre nosotros con su madre Aline y su hermana Marie, entre 1849 y 1854, teniendo seis años de edad cuando regresó a Francia. No obstante ello, recordaba con gran memoria visual su vida transcurrida en nuestros ambientes, llamándonos la atención la mención que hace a su "doméstico chino que sabía tan bien planchar la ropa" y que lo encontró un día perdido en una tienda de abarrotes.

La vinculación de Garibaldi con el Perú se prolonga más allá de su presencia en nuestras costas. Porras da a conocer una hermosísima huella de peruanidad, cuando los españoles ocuparon las islas de Chincha, en 1864; las mismas que conoció Garibaldi, pues en ellas cargó el guano que llevó a China trece años antes, como ha quedado anotado. Garibaldi escribió desde la isla de Caprera una carta que fue publicada en Ginebra. En ella decía que "una agresión contra el territorio peruano ha ocasionado un grito de reprobación y venganza en todas las naciones hermanas". Denunciaba "la asquerosa asociación de los tiranos de Europa para la esclavitud común", sentenciando que los tiranos pasaban mientras las naciones eran inmortales. Entonces, Garibaldi había ya alcanzado la gloria con los hechos de 1860, año en que fue ensalzado por Francisco de Paula González Vigil en una carta cuyo contenido fue difundido por Porras, y en el que Carlos Enrique Pasta compuso el Gran Himno Guerrero en su homenaje.

Cabe resaltar que dos años antes Oliveri había compuesto el Himno Garibaldi, en Italia, con letra de Mercantili. Cuando en 1862 Garibaldi fue herido en una pierna en la batalla de Aspromonte, su médico Zanetti logró extraerle la bala, correspondiéndole al cirujano francés Nélaton, médico personal de Napoleón III, salvarle la pierna, extrayendo las esquirlas con una sonda flexible creada para el efecto, invento que se usa hasta la actualidad. En el Perú se celebró el hecho, encomendando los italianos residentes acuñar medallas en oro y en cobre al grabador Seregni en honor de dichos médicos.

La presencia de Garibaldi despertó una gran corriente a favor de Italia. En 1861, el gobierno de Ramón Castilla reconoció inmediatamente al nuevo rey de Italia Víctor Manuel II, proclamado por el Parlamento de Turín. Porras narra que también hubo “manifestaciones de simpatía ardorosa por las camisas rojas de los garibaldinos, en los años de la lucha libertaria y en ocasiones como las exequias realizadas en Lima por el rey Carlo Alberto de Cerdeña, en las colectas públicas en favor de los republicanos italianos y en las jornadas civiles que saludaron la ocupación de Roma en 1870, no obstante el profundo catolicismo del pueblo peruano”. Asimismo, Basadre da cuenta —en su *Historia de la República*— de once bomberos italianos fusilados por los chilenos en Chorrillos, en 1881, señalando que hubo una rectificación oficial de la colonia italiana a la noticia propalada de que una columna de *garibaldinos* combatió al lado de los peruanos en Miraflores. No obstante, en una *addenda* posterior, reitera la romántica versión, diciendo que los fusilados formaron parte de dicha legión, destacando sus combatientes con sus clásicas camisas rojas al lado de las tropas peruanas. Agrega que habrían sido ejecutados como soldados extranjeros al servicio de un ejército vencido. Y hoy apreciamos una relación genética con el

héroe al encontrar aún tataranietos de Garibaldi que llevan tal apellido como paterno o materno.

La expedición de los Mil convirtió a Garibaldi en un personaje legendario en todo el mundo, convirtiéndose su nombre en esperanza de los pueblos oprimidos. El presidente Lincoln le ofreció el comando de una armada en la guerra de secesión contra los esclavistas del sur, en 1861. Garibaldi le pidió al presidente americano algo mucho más ambicioso: el comando de todo el ejército y que aboliera la esclavitud o que le dieran a él el poder para hacerlo. Hubo quince mil voluntarios italianos preparados para enrolarse. La participación de Garibaldi no prosperó, pero en 1863 Lincoln declararía abolida la esclavitud, no debiendo olvidar los peruanos que Castilla lo hizo en 1855. Entonces, Garibaldi se dirigió a Lincoln con el nombre de *El Emancipador*.

Una de las relaciones más pintorescas que estableció Garibaldi con sus contemporáneos fue la que desarrolló con Alejandro Dumas, padre. Cuando el héroe organizó la expedición de los Mil y tomó Sicilia, Dumas se encontraba navegando en el Mediterráneo en su bote *Emma*. Al enterarse, enrumbó hacia Palermo con toda su vitalidad a pesar de sus sesenta años. Montanelli nos dice que comía como un buey y bebía en grandes proporciones. Le propuso a Garibaldi, lo cual él aceptó inmediatamente, ser su embajador ante los jefes de Estado extranjeros para obviarle cualquier dificultad diplomática. Se puso íntegramente a disposición de la causa garibaldina. Corría el año de 1860. La conducta extravagante del dramaturgo y su compañera de dieciséis años, vestida de almirante, pusieron la nota de curiosidad en el ejército garibaldino. Gracias a esta providencial asociación, Alejandro Dumas ha dejado escritas hermosas páginas de las epopeyas garibaldinas, algunas de ellas bastante novelescas. Y quizás, también, influyera en la vocación de Garibaldi, expresada en sus *Memorias* y en sus novelas *Clelia* o *il Governo del Monaco*,

Cantoni il volontario e I Mille, así como en sus innumerables cartas. Garibaldi era políglota, pues dominaba el inglés, francés, portugués y español, además del italiano.

En la cúspide de la gloria congregaba multitudes a su alrededor, donde estuviera. En 1864 visita Inglaterra, donde fue apoteósicamente recibido. Entre la masa observaba impávido el tirano Rosas de Argentina, contra el que había combatido, quien estaba allí en el exilio. Karl Marx, que lo despreciaba, calificó las manifestaciones de "deplorable bufonada". La reina Victoria sintió vergüenza de la muchedumbre y Disraeli se negó a ir a extenderle la mano a ese *pirata*. Llegó a la estación de Londres en un tren especial a las dos de la tarde de un 11 de abril. Medio millón de personas lo esperaban. Sólo a las ocho de la noche pudo llegar a la casa donde estaba invitado. Estuvo con Mazzini, quien brindó por la libertad de los pueblos y por aquél que por sus acciones era su encarnación viviente. El futuro Eduardo VII, contra la opinión de su madre, fue a Londres a verlo. A Gladstone, entonces primer ministro, le tocó disuadirlo para que regresara a Italia. Su presencia incomodaba. Diez años antes, regresando del Perú, había estado en Londres, donde también disfrutó la popularidad de la que gozaba. Cenó con el embajador Buchanan, futuro presidente de los Estados Unidos. También estuvo en aquella ocasión con Mazzini.

Al desatarse la guerra franco-prusiana en 1870, fue buscado en Caprera para que se uniera a los franceses, después de la derrota de Sedán. Caído Napoleón III y proclamada la República, habiendo declarado Gambetta que transformaría Francia en un inmenso campo de batalla, Garibaldi le telegrafió: "Pongo a su servicio lo que resta de mí. Disponga". Dirigió el ejército de los Vosgos. Por ironía del destino, este alejamiento de su patria lo tuvo ausente de la consagración de la unificación de Italia por la que había luchado tanto.

Después del armisticio, Víctor Hugo se fue al exilio reconociendo que entre todos los generales que combatieron por Francia, Garibaldi era el único que no había sido vencido, salvando el honor nacional. Contemporáneamente a las representaciones de sus célebres obras *Hernani* y *Ruy Blas*, el gran vate francés escribió un extenso poema titulado *Mentana*, dedicado a Garibaldi, alabando sus hazañas. Fue en esa época que Chilly, director del Teatro Imperial del Odeón, le dirigió la famosa carta a Víctor Hugo anunciándole que tenía el honor de informarle que la reposición de *Ruy Blas* estaba prohibida. A ella, el ilustre literato contestó cáusticamente dirigiéndose al emperador Luis Bonaparte en los siguientes términos: "Señor, acuso haber recibido su carta firmada Chilly".

La visión de Garibaldi como semidiós se patentiza en la paráfrasis de la Santísima Trinidad, un tanto irrespetuosa, que un partidario escribió: "Padre de la Nación, Hijo del Pueblo y Espíritu de la Libertad". Incluso surgió popularmente una versión del Padre Nuestro en la cual se interpolaban frases alusivas al héroe y sus hazañas. Este culto se extendía de América a Rusia, donde muchos aguardaban algún día la llegada de Garibaldi.

Tenía una naturaleza fortísima. Con voz resuelta, se decía que era formidable en los momentos de cólera, pero con mirada tranquila y sonrisa dulce en el reposo. En el centenario de su nacimiento, fue recordado en el Perú por Gio Batta Isola como un león corajudo, con apariencias gentiles, bello y rubio y sensible a los sentimientos más delicados. Pero, sobre todo —lo cual es corroborado por las fotografías de la época—, su rostro exhibía más nobleza y serenidad que belleza, como decía George Sand.